

EDAD MODERNA

Por Rudolf Zinnhobler (dir.)

INTRODUCCIÓN

Toda delimitación de una época resulta problemática. En la mentalidad conciliarista y nominalista propagada por Guillermo de Ockham († 1347) y por Marsilio de Padua († 1396) podemos reconocer ya elementos fundamentales de la edad moderna. En conjunto, sin embargo, la vida de los cristianos continúa bajo el denominador de *Ecclesia universalis*, y sigue marcado por formas de espiritualidad tradicionales. El corte profundo e innegable se produce para la Iglesia con la protesta de Martín Lutero, éste contra las indulgencias (1517). Pero el mismo Lutero continúa siendo una persona medieval en muchos aspectos. La transición es, por consiguiente, fluida, y difiere de unos países a otros. Si tenemos esto presente, no habrá inconveniente alguno en informar que la edad moderna de la Iglesia comienza con la reforma protestante.

Ésta comienza como movimiento para la reforma, pero conduce en seguida a la división de la Iglesia. Deja de existir la unidad de la Iglesia occidental. Ha comenzado la era confesional. Las confrontaciones en las luchas de fe terminan de alguna manera con la paz de Westfalia (1648). La reforma de la Iglesia católica recibe sus impulsos de las órdenes, del concilio de Trento y, parcialmente, también del papado. Pero sólo en parte se consigue recuperar el terreno perdido. Por el contrario, la actividad misionera a escala mundial, iniciada parcialmente en rivalidad con las restantes confesiones cristianas, ha abierto nuevos campos para el mensaje del evangelio.

Simultáneamente, el poder del Estado se ha incrementado en todos los países de Europa. La Iglesia se ve empujada a dependencias nacionales que consiguen una acuñación especialmente consecuente en el galicalismo de Francia.

La ilustración, como fenómeno que afectó a la totalidad de Europa, hace que reviva la vieja controversia entre fe y saber. Con ella comienza una nueva época de la historia de la Iglesia. Y encuentra su expresión, diversa en cada país, en las grandes convulsiones, tales como la revolución francesa, el josefinismo en Austria y la secularización en Alemania.

Los acontecimientos contribuyeron a que la Iglesia recordara de nuevo la primacía de la pastoral. Al abismo entre la Iglesia y el mundo, que se profundizó a lo largo del siglo XIX, respondieron los papas con condenas (modernismo, integrista). A pesar de algunos prometedores planteamientos del concilio Vaticano II, parece que todavía no se ha superado este abismo.